



*El carrer de la Força (Foto Sans)*

# *Notas para un estudio del lenguaje gerundense*

*por Félix Casellas*

Todo aquel que se ha asomado al complejo mundo del lenguaje y ha detenido su atención en el léxico empleado en determinada región o núcleo de población, sabe y constata que, en esencia, hay siempre dos fuerzas contrarias: la lengua modelo, la «coine» de los lingüistas, académica — a veces oficial —, que se impone como ejemplo de buena educación y cultura, y, por otra parte, la lengua popular, familiar o usual, que impone también, aunque no codificadas, sus propias leyes y llega muy a menudo a interferir con la academia o modificarla incluso.

Por ello en toda sociedad o grupo de hablantes se distinguen diversos niveles o «estratos» lingüísticos que podrán ir desde el lenguaje más culto y académico al más vulgar e incorrecto. Pero, lingüísticamente hablando, tan importante es el uno como el otro, pues ambos cumplen su misión fundamental: servir de vehículo de expresión entre determinadas capas sociales.

Estos estratos aparecen con máximo relieve, casi podríamos decir con violencia, en poblaciones como Gerona, numéricamente de tipo medio, pero donde luchan claramente y se interfieren no sólo los dos niveles culto y popular, sino también dos lenguas: castellana y catalana. Zona, por lo tanto bilingüe, pero con un bilingüismo muy complejo, pues lo cierto es que, salvando laudables excepciones, los gerundenses no dominamos ni una ni otra de ambas lenguas.

Cuando los gerundenses hablamos castellano, lo hacemos, generalmente, con cierto miedo: miedo no sólo de nuestra fonética esencialmente catalana, sino también del léxico, que con bastante frecuencia nos brinda alguna jugarreta y nos deja escapar «catalanadas»; miedo también, tal vez más inconsciente, a la sintaxis, que nos sale a veces muy poco «académica».

Cuando hablamos catalán, es todavía más descorazonador constatar nuestro escaso nivel lingüístico: los castellanismos surgen tan frecuentes que ya incluso han tomado carta de naturaleza y no tienen ni el poder de ruborizarnos.

Claros y diferenciados aparecen entonces nuestros estratos lingüísticos: desde el de aquellas personas que, cultas y enamoradas de nuestra lengua vernácula, con esmero y cuidado han logrado evitar totalmente los castellanismos, al numeroso grupo que, aun con cierto nivel cul-

tural, no ha podido vencer sus frecuentes «bueno», «adiós» o el inefable «desde luego»...; hasta llegar a la gran mayoría que, sin la mínima preocupación lingüística, usa sin sonrojo una jerga tan distante casi del puro catalán como del académico castellano. El solo estudio del porcentaje con que aparecen castellanismos semejantes a los citados bastaría para establecer tan distintos niveles.

Más o menos a guisa de ejemplo podemos tratar del tipismo lingüístico gerundense centrándolo en dos aspectos fácilmente controlables: I. Toponimia. II. Instituciones y comercios. (El estudio del léxico en general escapa por su complejidad y extensión al propósito del presente esbozo).

### I. Toponimia

En la Gerona de antaño, como en la mayoría de las poblaciones relativamente pequeñas, gran parte de sus calles y plazas tenían nombres que guardaban relación con alguna actividad de sus vecinos, con alguno de sus edificios o con cualquier característica que sirviera para distinguirlos. Pero, incluso, así como a muchos de sus moradores se les conocía por un mote que nada tenía que ver con el verdadero apellido familiar, también muchas calles, bautizadas oficialmente, continuaban y se distinguían con un nombre popular en franca discrepancia con el oficial. Esta toponimia popular tiene, sin embargo, sus leyes propias, aunque estas puedan a veces escapar a las previsiones o estudios de los lingüistas.

A primera vista son incomprensibles, por ejemplo, las razones que movieron a los gerundenses a aceptar sin reparos y rápidamente el puente «Alférez Huarte», mientras esos mismos gerundenses no han aceptado jamás el nombre oficial de otro puente: el de «Isabel II» siempre conocido por el «Pont de pedra».

Así, repasando este aparentemente arbitrario proceder lingüístico, observamos que algunos nombres oficiales se aceptan, mientras otros se rechazan; algunos populares se olvidan, mientras otros subsisten y resisten frente a todos los cambios e imposiciones oficiales:

«Els correus vells» sirvió a varias generaciones gerundenses para referirse al tramo anterior a la «Pujada de la Força». Hoy la denominación popular ha caído en el olvido y se ha ido aceptando la denominación de «Carreras Peralta».

«El pes de la palla», desconocido ya de las nuevas generaciones, designó durante muchos años todo el sector actualmente conocido por «Rambla Verdaguer».

«Els quatre cantons» perdura popularmente: cualquier gerundense os explicará, sin titubear, que lo forman la encrucijada de la «Cort-real» («Correal» en forma popular) y la «Argenteria». Nombre, el de esta última calle, que inútilmente se ha intentado traducir y sustituir por «Plateria».

La popularísima «Plaça del vi» continúa inmovible frente a los variadísimos cambios que la política le ha ido oficialmente asignando. Pero también cualquier gerundense os entenderá si le preguntáis por la «Plaça de l'Ajuntament».

«La plaça de l'oli» tampoco ha admitido la versión oficial de «Plaza del aceite». Como tampoco lo admitió, en su día, la ya desaparecida «Plaça del gra», ni la aceptaron las tradicionales «Plaça de les cols», «Plaça de les olles» o la «Plaça de les castanyes»...

Caso curioso de triunfo de la toponimia popular sobre la oficial fue el de la calle «Abeuradors» readmitido y vencedor absoluto frente a su oponente «Calle de Calvo Sotelo». Este último nombre ha desaparecido y no consta ya ni en los rótulos de la calle ni en las últimas guías gerundenses.

Asimismo ha resistido a todo intento de cambio por motivaciones políticas el popular «Carrer Nou». A pesar de que ya poco o nada tiene



El «pont de Pedra»  
(Foto Sans)



La "plaça de Polí"  
(Foto Sans)

de nuevo, todo gerundense sabe a qué calle corresponde tal nombre; en cambio es posible que muchos titubeen si se les habla de la calle «General Primo de Rivera».

Se podrían ir multiplicando los ejemplos. Siempre observaríamos la fuerza conservadora del lenguaje popular: subsisten y tienen preferencia aquellos nombres, que, como indicábamos, hacen referencia a alguna característica especial de la calle o plaza. En este sentido abundan y subsisten denominaciones populares como las siguientes: «Escala del seminari», «Baixada del Pont de pedra», «Plaça del lleó», «Voltes d'en Rosés», «Carrer del Sagrat Cor», «Baixada del Molí», «Plaça dels lladoners», «Carrer de can Grober», «Escala i plaça de Sant Domingo» (sic)... Quedan con escaso recuerdo algunas de este tipo como fue «el carrer del frontón», «carrer o travessia del futbol»...

También los numerosos puentes gerundenses ofrecen curiosos ejemplos de motivaciones populares:

Sobre el Oñar, en sentido y orden inverso al de su curso, se distinguían, hace unos años, con nombre popular los siguientes: «El passa llis», «El pont del tren», «El pont de la Creu Blanca» (más popular que el de «pasaje Gómez»), «El pont de Sant Agustí», «El pont de les pescateries» (sic), «El pont de pedra», «El pont de can Ventura», «El pont de l'alférez Huarte», «El pont de la Rutlla», «El pont de la Font del Rei». Para terminar con la «pasera» (que unía, cuando el nivel del Oñar lo permitía, el sector de «can Xiberta» con el de «la Via del tren de Sant Feliu»).

Para pasar el Güell se distinguían: «El pont del rellotge» (también conocido por «pont de la

devesa»), el «pont de can Plaja» y el «pont de can Vidal».

Sobre el Galligans había el «Pont de Sant Pere» y para pasar el Ter el único existente era el popular «Pont de la barca».

De todos ellos el único con nombre no popular fue el «pont de l'alférez Huarte». La explicación de esta unánime y excepcional aceptación debe indudablemente buscarse en el fuerte impacto motivado por la muerte de aquel valeroso alférez víctima de la inundación de 1940, cuando intentaba salvar vidas humanas junto a los restos del «pont de can Vidal». El pueblo aceptó complacido que, como justo homenaje y recuerdo, se bautizara con su nombre el primer puente que se construyó, aunque fuera otro y muy distante de aquel donde el joven alférez perdió su vida.

Es regla general que toda población al aumentar en número de habitantes, principalmente si entre estos abundan los inmigrantes, pierda su sentido de comunidad y como consecuencia pierda también aquella intuición creadora. Gerona siguió y está siguiendo la regla: se va despersonalizando y acepta más o menos sumisa los cambios o las denominaciones que señalan las autoridades. Han fracasado, se han olvidado pronto, intentos de denominación popular, curiosos semánticamente, como le de llamar «plaça de les castanyes» a la confluencia entre las calles «Maragall», «Francisco de Ciurana» y «Juan Bautista La Salle». (En este caso, irónicamente, las «castañas» hacían referencia a los frecuentes accidentes automovilísticos que en aquella encrucijada se producían). Es posible que en el poco éxito del nombre popular influyera la existencia de otra plaza homónima. De to-

das maneras tampoco tiene mejor fortuna, de momento cuando menos, el nombre oficial de «Plaza de Fernando el Católico».

Todo esto viene a apoyar la teoría antes mencionada: la toponimia popular tiene, o tenía, motivaciones semánticas, relaciones más o menos metonímicas o metafóricas; en cambio la toponimia oficial viene dada por motivaciones extrínsecas al lugar y esto la hace impersonal, más difícil de recordar y de ser aceptada.

También se puede sacar otra consecuencia: la resistencia de la lengua popular a las traducciones castellanas de aquellas plazas o calles que nacieron con nombre popular catalán. Se aceptan, con graciosa y explicable contradicción lingüística, castellanismos como el de la citada «Plaça de Sant Domingo», pero ningún gerundense usará la versión oficial de la «Calle de la Nieve» o de la «Plaza del Aceite».

En tales traducciones incluso nuestro propio Ayuntamiento cae en contradicciones. No será difícil encontrar recientes rótulos en los que aparece el más chocante hibridismo: «Calle Portal Nou», «Calle Pou Rodó»...

Finalmente puede observarse que la rapidez en la aceptación de los nombres oficiales están en relación directa o bien con la brevedad del nombre, con su propia eufonía o bien con el de alguna relación o vinculación al lugar designado. También influye en la aceptación la popularidad o simpatía hacia el nombre propuesto. Podría compararse, en tal sentido, el proceder y reacción popular en los dos siguientes grupos topónimos, entresacados un poco al azar de los actualmente vigentes en el plano y callejero de Gerona:

Primer grupo: «Carreras Peralta», «Jacinto Verdaguer», «Calle de la Cruz» (más frecuente en su versión catalana «Carrer de la Creu»), «Plaça Catalunya» (en conflicto todavía con el popular nombre de «la plataforma»), «Joan Maragall», «Fernando Puig» (sic)...

Segundo grupo: «4.ª División Navarra», «4 de febrero», «20 de junio», «Tercio de Migueletes», «Tercio de Montserrat»...

Por esto intriga pensar cuál será el nombre final que para el pueblo merecerán tantas calles y plazas que se van estructurando y bautizando. O más aún ¿cuál será el nombre definitivo de los nuevos puentes? De momento como solución de emergencia se les numera sencillamente. ¿Verá el pueblo gerundense en alguno de ellos características especiales que muevan todavía su inventiva y promuevan un aceptable bautizo popular? De momento, misterios de la toponimia. No cabe sino esperar...

## II. Instituciones y comercios gerundenses

Para denominar a varias instituciones la jerga popular ha mezclado elementos castellanos con terminaciones o fonética catalana. De ello resultan, o han resultado, engendros híbridos pero usados sin rubor, con la fácil inconciencia del que ya tiene bastante con entender y ser entendido.

Durante años, ahora finalmente empieza a tomarse conciencia de lo raro de la palabreja, se subía a «palaciu» cuando alguien debía dirigirse al «palacio episcopal». Junto al citado palacio, en la catedral se reunía «el cabildu».

Las «adoratresses», así con fonética claramente catalana, era la denominación común dada



La plaça del vi  
(Foto Sans)

a las «Hermanas adoratrices». En cambio si alguien hablaba simplemente de las «hermanites» todos entendían que se hacía referencia a las «Hermanitas de los pobres».

También durante muchos años el «grupu» era el nombre popular y exclusivo para designar al «Grupo Escolar Juan Bruguera». Los niños que no iban al citado «colegit» podían asistir a cualquier colegio de «hermanus»: los de La Salle o los Maristas, también llamados de la Rutlla, de la Catedral o de la Mercé, según respectivo emplazamiento. Las niñas podían asistir a algún colegio de «hermanes» o, durante generaciones, al popular y acreditado «colegit de Doña Carmen», cambiado después con fácil aceptación popular por «Eiximenis».

Tratando de colegios es digna de recordar la permanencia del bautizo popular hecho al Grupo Escolar Lorenzana, llamado todavía «colegit vert», aludiendo al color de su fachada.

Dejando las instituciones docentes, es graciosa la subsistencia de las dos «Caixes d'Ahorros» (sic) en las que se hermana amigablemente el bilingüismo. También cualquier gerundense, aunque no haya hecho el «servici» militar, os señalará el emplazamiento dels «quartels» y en ellos distinguirá, entre otros mandos, els «cabos» y «sergentus»...

Observando títulos o cargos podremos señalar como de uso general los nombres de «alcalde» y de sus correspondientes «consejals» (sic). Y tal vez todavía a algún gerundense se le escape hablar del «Plenu municipal».

Más o menos dependientes del municipio quedan los «bomberus», «el mataderu» y con función muy específica (por cierto muy criticada) la de los «serenus» y los «basurerus». Esta última palabra ya va cediendo el paso a la correcta catalana aunque muchas amas de casa siguen empeñadas en hablar de los problemas de los «cubus de basura»... Esperemos que con el creciente uso de las bolsas de plástico se arrinconen definitivamente el empleo de tales «cubus».

Varias instituciones más o menos oficiales tienen fácil y popular traducción correcta: «Audiencia», «Banc d'Espanya», «Hisenda», «Govern Civil». En cambio otras se prestan a un

castellanismo más frecuente: las distintas «Jefaturas», el «Col·legi d'abogats» (sic). Así como al entrar en el Instituto, o ahora en alguna Facultad, es fácil preguntar por el «bedel»...

Si de las instituciones pasamos a los comercios, todavía observaremos la subsistencia, en el lenguaje popular, de chocantes contradicciones como las de ir a «comprar la llet a la lechería», «el peix a la pescatería», «el pa a la panadería»... No obstante, hay ya una paulatina tendencia a ir sustituyendo esos castellanismos por sus correctas formas catalanas. Sin duda uno de los castellanismos más resistentes sea el de las «peluquerías» ya sean para damas o para caballeros.

En cambio, pese a la importancia que parecían tener en la novela «Los cipreses creen en Dios», están desapareciendo los «limpiabotes» o simplemente «limpies».

Asimismo están en trance de desaparición casi total aquellos nombres típicos, populares con los que se designaba a tiendas o negocios determinados; nombres o motes populares que debían ser aceptados, con mejor o peor buena voluntad, por sus propios dueños cuyo verdadero nombre llegaba a veces a ignorarse. Tales eran, por ejemplo: «can Tapis», «cal Rei», «cala Mundeta», «cala Llarga», «cala Marieta», «cala Quima», «cal Negre», «can Norat», «con L lens» o «can Pauperes» (curiosa deformación popular, esta última, de Pau Pérez).

Más curiosos todavía eran el grupo de aquellos nombres de comercios que tenían su origen en alguna característica, no siempre laudatoria: «l'adroguer pobre», «can brutícies», «les capses»...

Ahora, los supermercados, los almacenes y hasta las más recientes «Boutiques», siguen aquel inevitable proceso despersonalizador. Cuando se habla de ellos hay necesidad de señalar la calle o alguna característica de situación. Quedan, desde luego, los nombres tradicionales de acreditados comercios, a los que se une alguno de los nuevos cuando logra diferenciarse con el feliz hallazgo de un nombre eufónico o representativo que llame y fije fácilmente la atención popular.